

Representaciones de los olores en la ciudad. Experiencias olfativas en la literatura: una lectura sociológica

Odor representations of the city.
Olfactory experiences in literature: a sociological reading

Olga Sabido Ramos*

Citar este artículo como: Sabido Ramos, O. (2020). Representaciones de los olores en la ciudad. Experiencias olfativas en la literatura: una lectura sociológica. *Revista Nodo*, 14(28), pp. 8-24.

Resumen

Este trabajo se inscribe en el marco de los planteamientos clásicos y contemporáneos de la sociología de los sentidos, así como el interés por la relación entre la ciudad y los olores. Las investigaciones sobre el olor han acudido a diversas referencias literarias (Howes, Classen y Synnott, 1994, p. 4; Synnott, 2003, p. 446; Drobnick, 2006; Porteous, 2006; Waskul, Vannini y Wilson, 2009; Solander, 2010; Verbeek y Campen, 2013; Low, 2013, p. 292; Rindisbacher, 2015; Jaquet; 2016, p. 168) como referentes significativos que permiten enunciar algunas problematizaciones asociadas a la investigación sociohistórica y cultural sobre los olores. Es notable la referencia a la obra de escritores varones, mientras que la alusión a escritoras está subrepresentada. El objetivo de este artículo es plantear cómo se representan (Lahire, 2006; Becker, 2015) los olores de la ciudad, en dos escritoras contemporáneas mexicanas: Guadalupe Nettel (1973) y Ana Clavel (1961). Específicamente, me interesa mostrar cómo se narran ciertos significados atribuidos a experiencias olfativas desagradables en la

ciudad, desde dos narrativas que recurren constantemente a las diferencias genéricas. La intención es visibilizar otras voces con rendimiento heurístico para la investigación sociológica de los olores, el género y su relación con entidades humanas y no humanas en las grandes urbes.

Palabras clave: ciudades, olores, género, literatura, sociología

Abstract

This article is part of the classic and contemporary approaches to the sociology of the senses, as well as the interest in the relation between the city and smells. Research on odor has gone to various literary references ((Howes, Classen y Synnott, 1994, p. 4; Synnott, 2003, p. 446; Drobnick, 2006; Porteous, 2006; Waskul, Vannini y Wilson, 2009; Solander, 2010; Verbeek y Campen, 2013; Low, 2013, p. 292; Rindisbacher, 2015; Jaquet; 2016, p. 168) as significant references that allow us to enunciate some problematizations associated with socio-historical and cultural research on odors.

Fecha de recepción: 12 de junio de 2019 • Fecha de aceptación: 15 de octubre de 2019

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales con Orientación en Sociología. Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Ciudad de México. Correo electrónico: olgasabido@hotmail.com

The reference to the oeuvre of male writers is remarkable, while the allusion to female writers is underrepresented. The objective of this article is to present how the smells in the city are represented (Lahire, 2006; Becker, 2015) by two contemporary Mexican writers: Guadalupe Nettel (1973) and Ana Clavel (1961). Specifically, I am interested in showing how specific meanings attributed to unpleasant olfactory experiences are narrated in the city. The intention is to make visible other voices with a heuristic performance for the sociological investigation of odors, gender, and their relationship with human and non-human entities in large cities.

Keywords: cities, smells, gender, literature, sociology

Introducción

Este artículo se inscribe en el marco del denominado ‘giro sensorial’ (Howes, 2014) y su intersección con la sociología, así como del interés por la relación entre la ciudad y los olores.¹ Parto de los planteamientos clásicos y contemporáneos de la sociología de los sentidos (Simmel, 2014; Low, 2009; Vannini, Waskul y Gottschalk, 2012) y de los enfoques sensoriales en torno a la ciudad (Steward y Cowan, 2007; Howes, 2014; Vannini *et al.*, 2012; Low, 2015; Low y Fishman, 2018; Sabido Ramos, 2020). En ese campo han venido incrementándose investigaciones sobre la ciudad y sus olores, sobre todo en relación con determinados lugares y personas en el espacio urbano (Classen, Synnott y Howes, 1994; Porteous, 2006; Peláez, 2016; Tovar, 2017; Mata-Codesal, 2018; Serna, 2019) e incluso se ha investigado la relación del olfato con el aire y la contaminación atmosférica (López, 2002), como aquella que produce el humo del cigarro (Hui Tan, 2018).

.....
1 El mismo se desprende de un proyecto de investigación reciente titulado “Memorias sensoriales, olores y emociones asociadas a entidades humanas y no humanas”, así como de un interés por el tema de poco más de diez años (Sabido Ramos, 2009).

La sociología del olfato tiene en Georg Simmel a su precursor más destacado. En su célebre *Digresión sobre una sociología de los sentidos* (2014[1908]), Simmel va a señalar cómo a partir de los olores y los significados que a éstos se atribuyen, es posible relacionarnos de diversas formas. Más tarde, Gale Largey y Rod Watson en *La sociología de los olores* (2006[1972]) destacan la importancia de los olores en la presentación del *self* (Largey y Watson, 2006). Por su parte, Anthony Synnott establece en *Sociología del olor* (2003[1991]), cómo a partir del olor estratificamos y jerarquizamos a las personas ya sea por su clase, raza, etnia y/o género. Por otro lado, Kelvin Low ha planteado cómo el asunto de los olores no sólo tiene implicaciones a escala micro, sino también es posible dar cuenta de cómo las normas olfatorias se asocian a la “vigilancia olfatoria” y el “control público” del olor (2009, p. 45).² De este modo la sociología ha planteado cómo los olores son fuentes de sentido a partir de las cuales puede analizarse el tejido social.

Además de estos precedentes en la sociología, las investigaciones sobre el olor en las ciencias sociales y las humanidades han venido en aumento, a tal grado que Jim Drobnick editor de la compilación *The Smell Culture Reader* (2006) ha señalado cómo, de ser un sentido que estuvo asociado al último lugar de la jerarquía sensorial en Occidente, actualmente asistimos a una suerte de “olfatocentrismo” (2006, p. 3). En el marco de dichos intereses, diversas investigaciones han acudido a múltiples referencias literarias como referentes significativos que permiten enunciar algunas problematizaciones asociadas a la investigación sociohistórica y cultural sobre los olores (Howes, Classen y Synnott, 1994, p. 4; Synnott, 2003, p. 446; Drobnick, 2006; Porteous, 2006; Waskul *et al.*, 2009; Solander, 2010; Verbeek y Campen, 2013; Low, 2013, p. 292; Rindisbacher, 2015; Jaquet; 2016, p. 168).

.....
2 Por ejemplo, Low señala cómo en ciudades como Johannesburgo se promulgó una ley en la que los viajeros y pasajeros son expulsados del transporte público si huelen mal (2009, p. 45).

Lo anterior ha puesto en evidencia que la investigación sobre el olfato y los olores demanda de manera inherente un enfoque interdisciplinario (Drobnick, 2006, p. 7), que tome en cuenta no sólo a las ciencias sociales y no sociales, sino también expresiones artísticas como la literatura.³ En un artículo reciente, Hans Rindisbacher autor de uno de los textos más especializados respecto a la relación olor y literatura *The Smell of Books. A Cultural-Historical Study of Olfactory Perception* (1989), señala cómo los avances sobre la investigación del olor en ciencias sociales y no sociales a partir de los años ochenta, también ha contribuido a alimentar la imaginación literaria (Rindisbacher, 2015, p. 71), uno de los casos más notables como veremos más adelante es *El perfume* de Patrick Süskind.

En la otra dirección, las investigaciones sobre el olor en ciencias sociales han acudido a diversas referencias literarias (Howes, Classen y Synnott, 1994, p. 4; Synnott, 2003, p. 446; Drobnick, 2006; Porteous, 2006; Waskul *et al*, 2009; Solander, 2010; Verbeek y Campen, 2013, Low, 2013, p. 292; Jaquet; 2016, p. 168). No obstante, llama la atención la sobreabundancia de referencias a escritores varones y la sub-representación de escritoras. Sin mencionar los abordajes marcados con mandatos de género respecto al olor masculino ('fuerte') y el olor femenino ('suave'). Como señala Solander —siguiendo a Classen, 1997—, uno de los aspectos más importantes en que se codifica el olfato es por el género, lo cual se replica en los abordajes literarios (Solander, 2010, p. 302), así como en la invisibilización de mujeres que escriben sobre el olor.

Por todo lo anterior, el objetivo de este escrito es plantear a partir de una lectura sociológica,

.....
3 Para el estado de la cuestión he tomado en cuenta, libros significativos y sobre todo la producción de artículos especializados de la revista *The Senses and Society* fundada en 2006 por Michael Bull, Paul Gilroy, Douglas Kahn y David Howes (2006, pp. 5-7). Su periodicidad es trimestral y a la fecha (primer trimestre del 2019) se han publicado 480 artículos, sin considerar reseñas.

cómo se representan (Lahire, 2006; Becker, 2015) los olores de la ciudad, en algunas obras de dos escritoras contemporáneas mexicanas: Guadalupe Nettel (1973) y Ana Clavel (1961). Específicamente, me interesa mostrar cómo se narran ciertos significados atribuidos a experiencias olfativas desagradables, asociadas a lugares, personas, artefactos y entidades no humanas (Latour, 2004; 2008). Mi interés es señalar que la riqueza narrativa de las escritoras en su descripción de los olores, puede servir como un incentivo analítico que nos sensibilice en la investigación empírica respecto a cómo la sociedad se encarna y cómo el cuerpo es un recurso de sentido que tiene múltiples posibilidades de registro.

Para mostrar lo anterior, el artículo se divide en tres partes y reflexiones finales. La primera, justifica este registro de lectura a partir de los sociólogos Bernard Lahire y Howard Becker. Con este último es posible afirmar que la literatura es un *performance* más de lo social, ya que permite visibilizar no a la "sociedad", sino cómo se representa. Por su parte, Lahire plantea que la narrativa literaria provee de recursos para la imaginación sociológica —y si bien no suple el trabajo de investigación— sensibiliza los modos en que puede estudiarse lo social en estado incorporado. En la segunda expongo un mínimo estado de la cuestión respecto a la relación entre olor, ciudad y literatura en el campo de los estudios sensoriales. En la tercera, desarrollo la interpretación sociológica de la obra de Nettel y Clavel, en el marco de experiencias olfativas de desagrado situadas en la Ciudad de México, para cerrar con unas reflexiones finales.

La literatura como registro de la representación de la sociedad en estado incorporado

El punto de partida que guía esta revisión descansa en una propuesta analítica que articula las observaciones sobre el rendimiento heurístico que tiene la relación entre la sociología y la literatura, a

partir de Howard Becker (2015) y Bernard Lahire (2006). Éste último, señala sin tapujos: “El primer movimiento de cualquier sociólogo de investigación que oiga hablar de la relación entre sociología y literatura es dar un paso atrás y desconfiar” (pp. 167-168). Literatura y sociología son dos géneros distintos cuya producción y recepción obedece a lógicas diferentes; hacer pasar a una por la otra, sobre todo en el caso de la sociología, supone “dispensarse” de las tareas y complicaciones que implica todo proyecto de investigación. Sin embargo, para Lahire eso no significa que la sociología tenga que mantener una distancia con la escritura literaria “en particular, la novelesca”. Y es que habría que considerar que “los novelistas siempre se guían por esquemas interpretativos del mundo social” (p. 168). A través de la omnisciente, el narrador puede plantear aspectos que ni el más avezado sociólogo/etnógrafo puede realizar, como son: las conversaciones internas, la vida mental y emocional, los tránsitos y situaciones diversas de la vida cotidiana, tanto en el espacio privado, íntimo y público en un mismo movimiento (Lahire, 2006).

No obstante, cuando se revisan textos literarios, es evidente que los “hechos” narrados no forman parte de datos históricamente situados y obtenidos mediante instrumentos de investigación y decisiones teórico-metodológicas. Luego entonces, uno de los beneficios de las y los sociólogos al acudir a la literatura, no es el fácil y rápido acceso a la “realidad social”, sino más bien, se trata de un beneficio de carácter sensibilizador: “[...] puede ser una forma de enriquecer sus esquemas interpretativos, afinar su inteligencia de lo social y acrecentar su imaginación sociológica” (p. 170). De modo que, cuando se acude a la literatura no se está siendo ni un/a sociólogo/a de la literatura, ni un/a sociólogo/a de los “hechos reales”, sino simple y legítimamente: “un investigador capturado entre el placer de testear sus propios esquemas interpretativos [...] y la satisfacción de sacar a luz algunos de los esquemas interpretativos [que] contribuyeron a organizar la escritura literaria de las situaciones en cuestión” (p. 172).

Por su parte, Howard Becker (2015) también señala que la sociología tendría que prestar atención a las diversas formas mediante las que la sociedad se *representa* —como en el caso de la literatura—, y tomar registro de esos otros “informes de la realidad” en tanto recursos heurísticos para la investigación sociológica. Becker señala que tanto el cine, la fotografía, la estadística, la etnografía y las novelas, son “informes de la realidad” o “representaciones sociales” (p. 21). Es decir, forman parte del trabajo representacional que no sólo hacen los científicos sociales en sus informes (reportes, etnografías, análisis estadístico), sino también, otros profesionales de distintos campos. Como cualquier investigación sociológica, también en la ‘novela realista’, la representación de la realidad es necesariamente parcial y selectiva (Becker, 2015, p. 38).

La producción de representaciones es siempre una selección de ciertos productores que esperan el consumo por parte de ciertos usuarios, por ello los primeros acuden a formas estándares para *contar* la sociedad, según sus propios campos. En ese sentido: “Los usuarios de las representaciones nunca tratan con la realidad misma, sino con la realidad traducida a los materiales y al lenguaje convencional de una determinada práctica” (Becker, 2015, p. 40). El propio Becker toma la obra *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino como un ejemplo de “construcciones no verdaderas, pero aún así, mercedoras de atención” (2015, p. 304). Por poner un ejemplo sobre el olfato, en esa novela Calvino (1999) narra cómo Marco Polo se refiere a algunas ciudades y su relación con los olores. Así es narrada dicha relación: “Si he de contarte la laboriosidad de los habitantes, hablo de las tiendas de los talabarteros olorosas de cueros” (p. 53). O bien: “Toda la confusión de Eudoxia, los rebuznos de los mulos, las manchas del negro de humo, el olor del pescado, es lo que aparece en la perspectiva parcial que tu percibes” (p. 74).

Cómo se aprecia, este tipo de narrativa nos coloca a nivel de cómo se significa la experiencia. En ese sentido, no podemos dejar de lado que se trata de un tipo de registro a nivel sensorial, corporal y emocional, por ello: “[...] la literatura consti-

tuye un reservorio de conocimiento implícito particularmente interesante para una sociología a escala individual, es decir, para una sociología que tome por objeto lo social en estado incorporado” (Lahire, 2006, p. 173). Es por todo lo anterior que el ejercicio que propongo en este artículo consiste en recuperar algunos fragmentos de la narrativa literaria para mostrar cómo se *representan* los significados atribuidos a las experiencias olfativas desagradables en la ciudad. Se trata de observar en las narrativas, los significados atribuidos al olor desde un estado incorporado —es decir, cómo se narran las percepciones sensitivas y experiencias afectivas que detonan los olores— en los personajes, a partir de la voz “omnisciente” (Lahire, 2006) de las narradoras.

Los olores y la ciudad olorosa en la literatura: un mínimo estado de la cuestión

Desde la historiografía, los estudios culturales, la antropología, los estudios jurídicos, la arquitectura, la literatura, museografía, así como en la biología, la química, la medicina, la psicología, las ciencias ‘neuro’ y conductuales (Rindisbacher, 2015, p. 71) y la sociología (Synnott, 2003; Low, 2009, 2013) el sentido del olfato cobra enorme relevancia. En el campo de los estudios sensoriales (Howes, 2014) es a partir de mediados de los ochenta cuando el estudio del olfato empezó a tomar bríos en ciencias sociales. Como señala Drobnick trabajos como *El perfume o el miasma* (1982) de Alain Corbin inauguran este interés, el cual se consagra en diversas obras como *Aroma. The cultural history of smell* (1994) de Constance Classen, David Howes y Anthony Synnott, entre otros. También en los noventa se da una tendencia a realizar cruces con disciplinas no sociales como la biología, la neurociencia, la química, la biología evolutiva y las ciencias cognitivas (Drobnick, 2006, p. 4). El problema de la memoria será un gran enigma en la investigación del olfato hasta su encuentro con estas disciplinas (Verbeek y Campen, 2013).

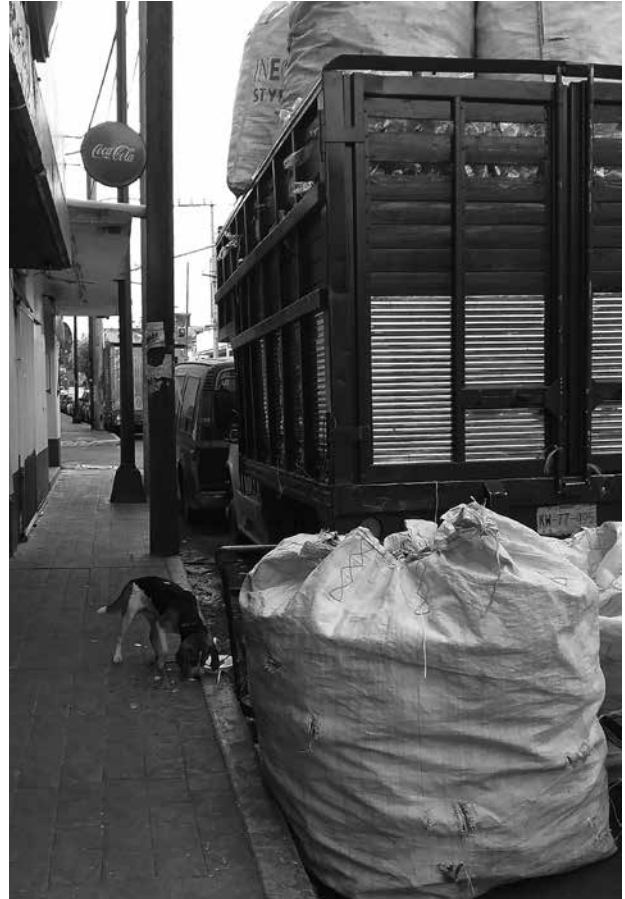


Figura 1. Camión de reciclaje de basura, Ciudad de México. Fuente: elaboración propia.

Dicho panorama da cuenta de cómo el sentido del olfato demanda de manera inherente un enfoque interdisciplinario (Drobnick, 2006, p. 7). En ese sentido no es casual que las investigaciones sobre el olfato realicen puntos de contacto no sólo con otras disciplinas científicas, sino también artísticas o relacionadas con el arte, como el cine, las instalaciones, *performance*, arte multimedia, museografía, arquitectura, y por supuesto, la literatura. Las investigaciones sobre el olor tienen diversas referencias literarias, no sólo como casos anecdóticos sino como referentes significativos que permiten enunciar algunas problematizaciones asociadas a la investigación sociohistórica y cultural sobre los olores, sobre todo las que relacionan olfato, memoria y emociones (Waskull *et al*, 2009; Verbeek y Campen, 2013; Low, 2013).

Lo interesante también es la influencia recíproca de las ciencias sociales con la literatura. Tal es el caso de la obra *El perfume. La historia de un asesino* del escritor alemán Patrick Süskind publicada en 1985 y referida por diversas investigaciones sobre los olores (Howes, Classen y Synnott, 1994, p. 4; Synnott, 2003, p. 446; Drobnick, 2006, p. 3; López, 2002, p. 80; Solander, 2010; Rindisbacher, 2015, p. 72). Al respecto, Rindisbacher señala cómo *El perfume* no solo tuvo un impacto poderoso en la cultura popular, sino incluso convirtió al sentido del olfato en un tema literario relevante (Rindisbacher, 2015, p. 87). Para este autor, es muy probable que Süskind, al saber francés y vivir en Francia, estuviera familiarizado con *El perfume o el miasma* de Corbin, el cual muy probablemente tomó para obtener información histórica y social para su novela (Rindisbacher, 2015, p. 87).

Otro autor ampliamente destacado es Marcel Proust y la novela *En busca del tiempo perdido* (1913-1927) (Howes, Classen y Synnott, 1994, p. 88; Porteous, 2006, p. 101; Waskul *et al.*, 2009; Verbeek y Campen, 2013; Low, 2013, p. 292; Jaquet, 2016). Chantal Jaquet dedica en su libro *Filosofía del olfato* (2010) todo un apartado titulado “El universo olfativo de Marcel Proust” donde destaca la relación del olfato con el ámbito íntimo, el deseo amoroso y la memoria (pp. 168 y ss). En el mismo sentido, Kelvin Low identifica el “fenómeno proustiano” (*proustian phenomenon*) y lo relaciona con otras investigaciones y trabajos que han asociado los olores a la memoria, sobre todo en términos de experiencias con intensas cargas afectivas (p. 692). También en el terreno de las disciplinas no sociales como las neurociencias, otra de las referencias literarias es el fragmento “El perro bajo la piel” del neurólogo Oliver Sacks (2002), el cual trata de la historia de Stephen, un estudiante de medicina que después del consumo de anfetaminas, experimentó una hiperosmia, aumento significativo de la sensibilidad hacia los olores.

Ahora bien, entre los trabajos más especializados de la relación olor y literatura, destaca el de Hans Rindisbacher (1989) quien estudió a fondo cómo

se representan los olores y la percepción olfativa tomando como referencia literatura de Alemania, Francia, Inglaterra e Italia. El autor señala que la tesis principal a defender, fue que el olor es el sentido central de la experiencia moderna, y tiene un poder creciente en la estetización de las esferas privada y pública y ha sido decisivo en el moldeamiento de la personalidad tanto moderna como posmoderna. Igualmente Howes, Classen y Synnott (1994) se refieren a autores que desde su perspectiva, logran un registro olfativo de la época moderna, como Víctor Hugo, Honoré de Balzac y Émile Zola, quienes representaron con maestría “los paisajes olfativos” en sus novelas (p. 85). No menos importantes son Flaubert y Baudelaire “ejemplos de la extrema sensibilidad a la dimensión olfativa” (Jaquet, 2016, p. 156).

Anthony Synnott (2003) también recupera las memorias de la escritora estadounidense Helen Keller quien “fue quizá la nariz más famosa” (p. 438) dado que logró plantear cómo a través del olor podía identificar a las personas tanto por su oficio como por su género. Synnott también señala cómo la literatura ha representado el olor y las experiencias sensoriales con determinadas marcas de género, por ejemplo, detecta una ambivalencia de la literatura masculina en torno a los olores femeninos, mientras que: “Las madres, aparentemente, huelen bien y a algo confortante, según Günter Grass en *El tambor de hojalata*” (p. 452), las mujeres amadas también se asocian a olores agradables “como ‘fresas con crema’, según el *Ulysses* de James Joyce” (p. 452). No obstante, en otras novelas el olor femenino está genitalizado y no huele bien.⁴

.....

⁴ Un caso extremo es, según Synnott: “Henry Miller [...] el primero en introducir el olor vaginal al discurso público, en *Tropico de Capricornio*” (Synnott, 2003, p. 452). Frente al abordaje de Miller, la pensadora feminista Kate Millet se pronunció: “Ésta es la realidad, según nos trata de convencer Miller, el coño apesta, como dice Curly, y el coño es sexo. Por lo que se refiere a la anatomía masculina, las cosas son muy diferentes porque ‘la verga’ es poder” (Citada en Synnott, 2003, p. 452)

Además, la relación olor y literatura escrita por mujeres está subrepresentada a excepción de trabajos más recientes (Solander, 2010; Rindisbacher, 2015).⁵ Más allá de Helen Keller, son pocas las referencias a escritoras y el abordaje del olor alrededor de los mandatos de género tampoco es menor. Solander y Rindisbacher señalan cómo en obras como *El perfume* de Süskind, *El nombre, la nariz* de Italo Calvino y *Perra* de Roald Dahl, las historias tratan de hombres obsesionados con los olores femeninos (Solander, 2010, p. 302), además, giran alrededor de la persecución sexual entre una masculinidad activa y una feminidad pasiva (Rindisbacher, 2015, p. 88). Incluso —podríamos añadir—, el personaje Grenouille de *El perfume* comete feminicidio en reiteradas ocasiones, para capturar el olor ‘femenino’. También Héctor Enríquez (2014) plantea cómo: “Sade junto con Casanova, destaca la magnificencia del olfato y glorifica el *odor di femina* como instrumento irresistible de conquista” (p. 97).

Respecto a la relación específica entre ciudad moderna⁶ y olores, diversos autores y autoras han señalado cómo lugares y cuerpos asociados a olores (reales o imaginados), tienen correlatos en obras literarias. Douglas Porteous (2006) acuñó el término paisaje olfativo (*smellscapes*) para referirse a cómo asociamos olores a ciertos lugares, personas e incluso al tiempo, como los cambios de estaciones. Para este autor diversos escritores británicos del siglo XX proveyeron de distintas descripciones de *smellscapes* de entornos urbanos asociados a lugares y categorías de personas (por

.....
5 Solander es una de las excepciones pues analiza la caracterización del perfume en la novela contemporánea de dos novelistas y sus obras: Angela Carter *Wise Children* (1993) y Monika Fagerholm *Wonderful Women by the Sea* (1994) (Solander, 2010). También Rindisbacher apunta y analiza varios trabajos, respecto a cómo paulatinamente se ha venido configurando un área en la literatura “perfumología”, con una presencia mayoritaria no sólo femenina sino feminista (2015, pp. 88-89).

6 La relación olor y ciudad en general implica considerar un recorte temporal desde la Antigüedad (Howes, Classen y Synnott, 1994, pp. 17-18), por ello acotamos a ciudad moderna y contemporánea, considerando el surgimiento de las ciudades industriales en el siglo XIX y XX a la fecha.

ejemplo gitanos, irlandeses) como Georg Orwell, Aldous Huxley, Graham Green, Joseph Kipling y T.S. Eliot, entre otros. Cowan y Steward (2007) también plantean cómo Charles Dickens logra retratar en *Oliver Twist* a la ciudad de Londres y sus calles sucias y malolientes por las que deambula el personaje (p. 4).

Porteous también indica cómo tipificamos y generalizamos ciertas ciudades, lugares, regiones o países de acuerdo a un olor como: “el olor de la India, de México o de Londres” (2006, p. 91). Sin embargo, como señala Mata-Codesal (2018) en una investigación sobre el simbolismo olfativo de los cuerpos migrantes en Barcelona, la presentación de las ciudades occidentales también se enmarca en procesos de higienización urbana, que posibilitan una representación de “ciudad desodorizada” (p. 33), a diferencia de la representación de otras ciudades identificadas en el “tercer mundo” (Porteous, 2006). En ese sentido, para el caso de ciertas ciudades, sobre todo sometidas a la dinámica turística y comercial: “El proceso de iconización redundante en la visualidad de la ciudad en detrimento del resto de las experiencias olfativas” (Mata-Codesal, 2018, p. 34), sin que ello se aplique necesariamente a todas las ciudades o a todas sus calles y barrios.

En contraste con la representación desodorizada de ciertas ciudades, calles o barrios, para el escritor británico Malcom Lowry “[...] la Ciudad de México de los años 30 era principalmente ruidosa y olorosa, y el olor era un compuesto de viejo y nuevo, orgánico e inorgánico: ‘el olor familiar de gasolina, excremento y naranjas.’” (Citado en Porteous, 2006, p. 96). En esta referencia literaria se registra una representación sobre el olor de una ciudad, no es que así huela siempre en todo lugar y para todo tipo de actores sociales y sus propios esquemas o filtros perceptivos (Friedman, 2013)⁷, pero así es representada en la literatura.

.....
7 Las percepciones, incluidas las olfativas, están trazadas por filtros (Friedman, 2013) cincelados por la edad, etnia, género, clase social e incluso el estado de salud.

Ahora bien, respecto a la investigación sobre los olores en ciencias sociales y literatura ¿qué se ha investigado en México? El antropólogo Héctor Enríquez (2014) ha señalado la potencialidad heurística de la investigación de los olores en la literatura:

También se puede estudiar el papel del olor en *Cien años de soledad*, donde sobresale de manera particular el olor de Remedios la Bella, o el papel de los olores en el modernismo, donde tenemos los ejemplos de *Fuente Santa* que, según López Velarde, tenía un olor mejor que ‘la fragancia de encantados jardines soñolientos’ (p. 104).

En una investigación sobre la historia del olor y el proceso de urbanización en la ciudad de Monterrey, Nuevo León (Tovar, 2017), el autor muestra cómo la preocupación por las “pestes” que azotaban a los habitantes en el siglo XVIII se deja ver en los versos de algunas oraciones (p. 90). También Sergio López (2002) realiza una investigación histórica sobre cómo el ‘tema del aire’ cobra relevancia en la Ciudad de México en el siglo XIX, en el marco de los procesos de urbanización e higienización porfiriana. El autor refiere a cómo los olores y el aire son tema de preocupación tanto para científicos, ciudadanos y literatos. Por ejemplo, Manuel Payno en su novela *Los bandidos del río frío* (1888) se refiere a los “gases mortíferos” que atacan a “los desgraciados habitantes de la capital” (López, 2002, p. 18).

En otra investigación sobre experiencias laborales de limpiadoras de pescado en Mazatlán, Sinaloa, Carolina Peláez (2016) recupera los significados atribuidos al olor del pescado no sólo en la obra de Süskind, sino también en *Dormir en la tierra* (1979) de José Revueltas sobre muelles pesqueros (p. 170). Más recientemente, a partir de una investigación etnográfica sobre ceguera y debilidad visual en el metro de la Ciudad de México, Erick Serna (2019) señala cómo sus primeras indagaciones sobre el tema coincidieron con referencias literarias justamente como *El huésped* de Guadalupe Nettel; *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato, entre otras (p. 271). De modo que, la relación entre

sensorialidad, ciudad, literatura y específicamente el tema de los olores, es un ámbito estimulante para la sensibilización sociológica.

Los olores y la ciudad en la obra de Guadalupe Nettel y Ana Clavel

Nota metodológica

La selección de autoras y obras no fue fácil. Los criterios de selección tampoco fueron tan evidentes, pues a diferencia de los libros y artículos de investigación, en la literatura los títulos no necesariamente corresponden con la trama narrada. De modo que usé al menos tres criterios básicos de homogeneización para la selección de ambas autoras: 1) Que fueran escritoras contemporáneas, considerando que los “esquemas interpretativos del mundo social” (Lahire, 2006, p. 168) pertenecieran a una misma época. 2. Que escribieran sobre la Ciudad de México, destacando que las experiencias desagradables sobre la ciudad tuvieran una misma referencia *situada*. 3. Que en sus narraciones incluyeran experiencias olfativas desagradables con entidades humanas y no humanas. Es decir, que ofrecieran no sólo los significados asociados a la mutua percepción de los cuerpos en el espacio, sino al mismo tiempo, que dieran cuenta de las experiencias olfativas asociadas a los artefactos y su diseño, el espacio físico y entidades no humanas. De Guadalupe Nettel recuperé *El huésped* (2005), *Pétalos y otras historias incómodas* (2008) y *El cuerpo en que nací* (2011). De Ana Clavel “...Ahí se quedan con su futuro” (2006), *Cuerpo naufrago* (2005) y *Breve tratado del corazón* (2019).

El mal olor en las calles de la ciudad y las personas en condición de calle

Guadalupe Nettel nació en Ciudad de México en 1973. A decir de algunos especialistas, la condición física de Nettel (una afeción visual) ha marcado varios de los temas y formas de mirar y escribir sobre el mundo (Sánchez, 2019). Quizá el

cuestionamiento a la tiranía del ocularcentrismo moderno, ha permitido a la autora tener una sensibilidad significativa por el olfato y otros sentidos. A propósito de *El cuerpo en que nació* (2011) inspirada en su infancia, la narradora señala:

Nací con un lunar blanco, o lo que otros llaman una mancha de nacimiento, sobre la córnea de mi ojo derecho. No habría tenido ninguna relevancia de no haber sido porque la mácula en cuestión estaba en pleno centro del iris, es decir, justo sobre la pupila por la que debe entrar la luz hasta el fondo del cerebro. En esa época no se practicaban aún los trasplantes de córnea en niños recién nacidos (Nettel, 2017, p. 11).

La protagonista de *El cuerpo en que nació* (2011) nos da un claro ejemplo de lo que los sociólogos de los sentidos han llamado trabajo somático (*somatic work*) (Waskul *et al*, 2009, p 7; Vannini *et al*, 2012). Esta categoría se refiere a cómo a pesar de que el mundo de las sensaciones atraviesa el automatismo del cuerpo donde por lo general damos por sentado todo lo que sentimos, pues nos hemos habituado a percibir ciertas sensaciones; no obstante, existe una dimensión reflexiva del sentir, que los autores denominan ‘trabajo somático’. El trabajo somático supone un ejercicio reflexivo, mediante el cual las personas dan sentido y comunican sus sensaciones a los otros y a sí mismos, es decir, hacen consciente aquello que sienten (Waskul *et al*, 2009, p. 7; Vannini *et al*, 2012, p. 21). En ese sentido, el trabajo somático también se relaciona con reaprendizajes o desaprendizajes, que pueden suscitarse a partir de condiciones corporales como la edad, enfermedad o modificaciones corporales (intencionales o no intencionales) que modifican la percepción de las sensaciones. Al respecto, el personaje de Nettel señala cómo, desde muy pequeña, tuvo que reeducar su visión y hacer un constante esfuerzo en el trabajo somático de su vista:

El único consuelo que los médicos pudieron dar a mis padres en aquel momento fue la espera. [...] Mientras tanto, les aconsejaron someterme a una serie de ejercicios fastidiosos para que desarrollara, en la medida de lo posible, el



Figura 2. Vagón de metro en la Estación Hidalgo, Ciudad de México. Fuente: elaboración propia.

ojo deficiente. Esto se hacía con movimientos oculares semejantes a los que propone Aldous Huxley en *El arte de ver* pero también –y esto es lo que más recuerdo– por medio de un parche que me tapaba el ojo derecho durante la mitad del día. [...] Llevarlo me causaba una sensación opresiva y de injusticia. Era difícil aceptar que me lo pusieran cada mañana y que no había escondite o llanto que pudiera liberarme de aquel suplicio (Nettel, 2017, p. 11).

No deja de ser significativo que justo para ejemplificar el trabajo somático, Vannini *et al* (2012) recuperen *El arte de ver* de Huxley, el cual deja claro que *ver* implica hábitos que se aprenden desde la infancia (p. 18), tal y como se aprecia en el personaje de Nettel. Los autores señalan cómo para Huxley *ver* es proceso activo, mental, corporal e incluso afectivo. De hecho, no sólo la vista sino todos los sentidos (internos y externos) se intersectan al momento de percibir el mundo, una vez que hemos incorporado esquemas cognitivos y afectivos de forma simultánea. No es que cada sentido reciba una información a partir de ciertos órganos, sino nuestro que cuerpo posee una sensorialidad total (Vannini *et al*, 2012) que se ve afectada por el movimiento, el calor o frío, la temperatura, la posición, los estados afectivos y los filtros (Friedman, 2013) que dependen de nuestra trayectoria y posiciones sociales.

La narrativa de Nettel remite constantemente a la relación entre sensorialidad y afectos, incluso aquellos que podrían ser etiquetados como ‘fuera’ de las ‘normas olfatorias’ (Low, 2009), como la transgresión de aquella regla que dice que si queremos seguir ciertas etiquetas en la proxémica, sólo podemos oler al otro anónimo a determinada distancia y en determinados contextos. Así por ejemplo, en “Pétalos” (2008) Nettel describe la historia de un ‘olfateador’ que va rastreando “manchas y olores” de los fluidos y efluvios femeninos de mujeres anónimas en los baños públicos:

Quizá por timidez o porque ya desde entonces tenía la vocación olfateadora que aún rige mi vida, en lugar de pasar las tardes buscando una fiesta o desaborchando faldas en las incómodas butacas de algún cine, prefería descubrir a las mujeres en el único lugar que no se sienten observadas: los excusados (Nettel, 2016, p. 87).

Por otro lado, algo característico de la obra de Nettel es la relación entre ciudades y olores. En *El cuerpo en que nací* (2011) la protagonista y su hermano atraviesan por el reciente divorcio de sus padres y visitan a sus tíos en Ciudad Juárez, Chihuahua, ciudad fronteriza que divide a México de EUA. En voz de la narradora, dicho país huele a consumo y novedad: “Además, a quince minutos en coche estaba la frontera y ese país [...] con sus parques temáticos, sus centros comerciales, sus casas de revista, sus jugueterías de tres pisos, sus cines limpios, su permanente olor a nuevo” (Nettel, 2017, p. 98). De lo contrario, cuando ambos hermanos visitan una comuna *hippie* en el desierto de Sonora, los niños de la misma miran a éstos con suspicacia, pues para ellos son un par de extraños y uno de éstos insiste en saber a qué huele el lugar en el que viven: “Nuestra vida en la Ciudad de México le despertaba una curiosidad morbosa. Nos preguntó detalles acerca del colegio, del olor en las calles, del transporte público. Le habían dicho que la capital olía a mierda y que la gente era de lo más abusivo” (p. 48).

También en *El huésped* (2005) Nettel se adentra a los olores de las calles de la Ciudad de México,

el transporte público y las personas que viven en situación de calle. La historia gira alrededor de la joven Ana y su lenta inmersión en el mundo de la ceguera. Ana asiste como voluntaria a una institución para ciegos en una época en la que ella misma está perdiendo la vista, ahí conoce a ‘El Cacho’, quien la hará conocer el mundo subterráneo de los indigentes e invidentes que piden limosna. En su travesía al mundo de la ceguera, Ana intenta recordar y registrar tanto el paisaje como los *smellscapes* de su entorno, antes de que pierda la vista:

Recuerdo con nostalgia los paseos sobre el camellón de esa avenida ancha, de otra época, llena de árboles, fuentes y bancas para sentarse. Hacía lo imposible para retener cada detalle, las casas antiguas de altos ventanales, la abundancia de sus jardineras. El olor a grano molido nos llegaba por oleadas desde los cafés de chinos; en cada cuadro había uno (Nettel, 2006, p. 91).

Por otro lado, Ana siempre tuvo una percepción ambigua respecto a la apariencia y olor de El Cacho: “Siempre en harapos y con olor a sudor pero erguido como un centinela, el Cacho me escoltaba hasta el coche. ¿Cómo es posible, me decía yo, que en el instituto le toleren ese aspecto?” (p. 91). No obstante, a medida en que Ana va sensibilizándose con el mundo de la mendicidad, descubre ciertas condiciones materiales que posibilitan el mal olor y que no sólo provienen del cuerpo de las personas, sino de la situación en la que viven: “Me contó cómo recorría los callejones muerto de frío, entre olor a basura, a la salida del metro Insurgentes; con las patrullas dando vueltas alrededor, siempre a punto de encontrarlo” (p. 121). La relación del olfato con las emociones también es una constante en algunos pasajes de la novela *El huésped* (2005), hay ocasiones en que los malos olores no generan automáticamente desagrado. Por ejemplo: “Era de noche cuando salimos del café. El Cacho me acompañó hasta la puerta de casa, con un beso en la mejilla. Me sentía mal que, por una vez, no reparé en el olor a cloaca que solía emanar de su cuerpo” (Nettel, 2006, p. 141). Y es que a veces, son

los estados afectivos previos los que se imponen a la percepción olfativa.

El metro es otro de los protagonistas en su narrativa. Gracias al Cacho, la protagonista conoce el *backstage* de dicho sistema de transporte, donde se encuentran las tuberías y los cuartos de intendencia. Ahí, Ana conoce a un grupo organizado de personas invidentes y mendigos que enviarán sobres llenos de mierda humana y “su olor inconfundible” a las casillas electorales, el día de una elección de diputados en la ciudad. Ana es testigo de este empaquetamiento oloroso:

Todos, niños harapientos, mujeres, adolescentes con signos de malnutrición, metían la mano con la misma eficiencia mecánica a los costales para rellenar los sobres y colocarlos después en cajas de cartón. En cuanto éstas se llenaban, alguien salía espontáneamente del conjunto para sellarla con cinta canela. No había ventanas. El olor comenzaba a impregnar el aire. Recordé que no había comido desde las siete de la mañana y mi malestar empeoró. Probablemente todos estaban en condiciones semejantes (p. 144).

Como metáfora del sistema político mexicano y el enorme descontento que éste genera, Ana se involucra y se siente parte de ese grupo subterráneo y su protesta olfativa:

En ese ambiente contenido, una mezcla de ceremonia sectaria y carnaval, encontré algo que no había experimentado en años: fraternidad en el sentido más cotidiano; tropezarse con los demás; sentir sus cuerpos cerca. Distinguir sus olores —por más fuertes que fueran— era de alguna forma grato, pues distraía del tufo de los costales” (p. 144).

Ana también descubre cómo la etiqueta ‘hombre de la calle’ asignada a El Cacho y su concomitante atribución maloliente, no se extienden a su propia morada: “El departamento del Cacho era pequeño pero bonito, cómodo. No tenía olor de los callejones ni las coladeras del metro; no tenía ese cochambre que cubría la piel de Madero y la de todos los niños del grupo que yo había visto durmiendo en la calle” (p. 180). Este proceso

nos recuerda *Estigma* de Goffman (1998), pues cuando categorizamos a alguien conforme un atributo que en nuestra sociedad trae descrédito, por ejemplo ‘vagabundo’, dicha categorización magnifica las expectativas de comportamiento que consideramos desviadas. Por ello “atribuimos un elevado número de imperfecciones” a la persona, sin ser realmente portadora de éstas (p. 15). Así pues, Ana descubrirá la relatividad del mal olor así como los contextos y situaciones sociales que le otorgan determinados significados.

Malos olores, artefactos y entidades no humanas

Ana Clavel nació en Ciudad de México en 1961. Su registro sobre las experiencias de desagrado asociadas a entidades no humanas como la contaminación, son prístinas. Así por ejemplo, en “... Ahí se quedan con su futuro” (2004), Clavel narra la historia de tres jóvenes preparatorianos que al salir del metro Bellas Artes, inhalan la contaminación cotidiana de esta gran urbe:

Comenzamos a andar por la calle. Bicicleteros, vendedores ambulantes, una multitud en derredor de un mimo, globeros, taxistas, policías... Al fin estamos en el Centro. Tomo una bocanada de aire. En eso, pasa un camión que echa humo negro por el escape y empiezo a toser (Clavel, 2006, p. 25).

Pero no sólo la contaminación del aire producida por los vehículos es tema de su narrativa, también la contaminación olfativa que producen los malos olores de cuerpos anónimos, incluyendo las condiciones termoperceptivas y espaciales que los potencian: “El calor no dejaba de humedecer los cuerpos. Seguramente intensificaba y reconcentraba el olor, aquel olor” (Clavel, 2019, p. 101). En *Breve tratado del corazón* (2019) Clavel muestra otra instantánea relacionada con una pasajera en un vagón del metro en la voz omnisciente de la narradora:

Tan pronto se alejó el vendedor, volvió a respirar el aire caliente del vagón cargado de olores [...]

Desvió la mirada a los otros viajeros que tenía enfrente y descubrió de pronto en sus rostros cansados y sudorosos una señal inequívoca de desagrado (Clavel, 2019, p. 98).

En ese episodio, la joven tatuadora de nombre Alina, identifica el mal olor de un hombre mayor:

Fue sólo entonces que se percató del olor aquel, rancio, a humedad reconcentrada. Con el rabllo del ojo percibió al hombre que tenía a su lado [...] también supo que ese olor desagradable que todos percibían y que ella acababa de identificar emanaba de él, de sus ropas, de sus poros, de sus pliegues. Un olor que hurgaba en la memoria desconocida de cosas oscuras y secretas (pp. 98-99).

Alina trata de mantener un orden de la interacción mostrando deferencia a la presencia del otro, pero el intercambio de efectos entre diversas sensaciones y emociones de desagrado, asco, temor e inclusive vergüenza, se entrelazan en este breve registro interaccional de la proximidad sensible:

Estuvo a punto de levantarse aunque todavía le faltaran varias estaciones antes de llegar a su destino. Fue una reacción instintiva que sólo controló el temor a exhibir su rechazo, una especie de pudor por la vergüenza del otro (p. 99).

No obstante, como bien señala Miller (1998), el asco es una de las emociones más potentes, su disimulo es casi imposible y su emergencia se origina ante el miedo a la contaminación que pueden generar otros cuerpos u objetos, así como sus olores, tal y como lo experimenta Alina. A pesar de su moldeamiento olfativo debido a su profesión, que la había habituado al olor de otras pieles, Alina no puede dejar de experimentar un profundo asco:

En su oficio de tatuadora se había acostumbrado al olor de las pieles de sus clientes, una esencia mezclada de resabios animales que la alimentación y las emociones podían intensificar. También estaban los olores minerales de las tintas, concentraciones de una pureza inusual para el olfato humano que podía llegar a la pestilencia. Pero aquello que ahora respiraba



Figura 3. Ventana de una calle de la Ciudad de México. Fuente: elaboración propia.

excedía su tolerancia. Se llevó una mano al cuello, ahí donde florecía el tatuaje que llevaba expuesto, como para evitar que el olor la contaminara (Clavel, 2019, p. 99).

Por otro lado, la obra de Clavel nos muestra cómo la relación de los olores con los artefactos nos plantea que olor no sólo es algo evanescente sino también material. Los olores se dependen de cuerpos sólidos como la piel, la ropa o por ejemplo, los mingitorios. Respecto a este artefacto, en *Cuerpo naufrago* (2005) Clavel narra la vida de Antonia, una joven de 27 años que despierta como muchacho. Antonia tendrá que realizar toda una serie de trabajos somáticos que le permitan adaptarse a su propia piel, motricidad, sensaciones, emociones y deseos. Por ejemplo, salir a la calle representa un desafío y también un amplio espectro de posibilidades e inquietudes: “¿Y cómo enfrentaría esta nueva vida?, ¿cómo salir a las calles de la ciudad de México, tratar a los amigos,

a los jefes, a sus ex parejas, a su casera, al mendigo de la esquina?” (Clavel, 2011, pp. 62-64).

Podemos decir que Antonia había sido socializada bajo un “estilo corporal femenino” (Young, 1980) que limita o reduce el movimiento del cuerpo de las mujeres en el espacio público. Dicho estilo se refiere a ciertas formas de habitar el espacio, autocontenciones e inseguridades en la motricidad y toda una gama de restricciones del movimiento en la ciudad, que se aprenden y encarnan desde los más tempranos procesos de socialización. Antonia había registrado en su memoria corporal, el significado que hemos aprendido cuando nos dicen “camina como niña”:

Sí, se recordaba perfectamente de niña envidiando a sus hermanos y a los amigos de sus hermanos, esa manera de apoderarse de una calle para jugar fútbol, para salir solos por la ciudad sin correr tanto peligro, para engrasarse las manos y los pantalones al enderezar la cadena de una bicicleta o para ponerse un traje y sentirse importantes (Clavel, 2011, pp. 53-55).

Antonia ahora en su versión de Antón, comienza a apropiarse no sólo del espacio sino de determinados artefactos. La relevancia que tienen los objetos en nuestra vida diaria ha sido destacada recientemente en la sociología, al grado de que cualquier artefacto o entidad no humana (objetos, animales, fenómenos naturales) que modifiquen el curso de nuestras acciones, son considerados actantes (Latour, 1998, p. 129; 2008, p. 106). Por otro lado, no podemos perder de vista que los objetos están generizados y al mismo tiempo contribuyen a hacer género (*doing gender*) (West y Zimmerman, 1987) en la medida en que tienen un impacto la motricidad y sensibilidad de los cuerpos. En cualquier sociedad y en cualquier época, el uso de artefactos requiere procesos de aprendizaje. En ese sentido, Antón tendrá que adaptarse y aprender a usar nuevos objetos que contribuyen a *hacer género* como por ejemplo, rasurarse la barba:

La pregunta surgía ahora que se paseaba desnuda por el baño, aprestándose a disponer los utensilios

en el pequeño lavamanos para rasurarse a la vieja usanza [...] vasija con agua caliente para remojar una toalla, rastrillo, brocha, tijeras, lociones... Antonia echó la cabeza hacia atrás y se colocó la toalla caliente en la quijada (Clavel, 2011, pp. 508-511).

Pero no sólo la ropa y diversos utensilios intervienen en el día a día, sino también la configuración del espacio y el mobiliario. Bajo esa nueva vida Antonia/Antón habrá de recorrer diversos “espacios cargados de valores simbólicos masculinos” (Sánchez, 2017, p. 178). Como he señalado, cobra un excedente significativo un artefacto: el mingitorio. Se trata de una entidad extraña en tanto representa una transgresión al espacio público/privado y una reafirmación de las duplas femenino/masculino. Es decir, es un artefacto que sólo usan los hombres, pero que generalmente se ubica sólo en el espacio ‘público’: los baños públicos.

El primer mingitorio que Antonia recordaba haber visto no fue el objeto real, sino una fotografía del de Marcel Duchamp en una proyección de su clase de Corrientes Estéticas. Claro, siendo mujer no era fácil topárselos en los baños públicos (Clavel, 2011, pp. 266-268).

Antón aprenderá a usar los mingitorios en diálogo con su cuerpo y la materialidad diversa de estos artefactos. En ese sentido, viene a su memoria la primera vez que descubre uno de estos objetos por accidente:

Fue entonces, cuando hurgaba en el orificio de desagüe, que se percató del intenso olor que emanaba de las paredes interiores. Una marejada acre y corrosiva, pero también dulzona, que le hizo perder el aliento. Entonces, ante la inmanencia fulgurante y la repulsión provocadas, Antonia recordó varios nombres: urinario, mingitorio, fuente... Supo de pronto que aquellas realidades verbales correspondían a este rostro cóncavo, profundo y agazapado que por fin la miraba también a ella (pp. 282-286).

Antón presta atención a las formas, estética, textura y colores de cuanto mingitorio atraviesa en su camino. A tal grado que realiza un registro foto-

gráfico así como una investigación histórica del mismo. Entre sus hallazgos, descubre en un catálogo del siglo XIX, que el diseño de los primeros urinarios incorporaron “sistemas de desagüe que garantizaban la eliminación de impurezas y mal olor, diseños múltiples que aprovechaban el espacio a la par que brindaban una cierta privacidad.” (pp. 1092-1093). Sin embargo, Antón constata que a pesar de los diseños y trama ingenieril, el mal olor es constante hasta nuestros días: “A pesar del aseo en algunos baños, la persistencia del olor de la orina reconcentrada emanaba como un recordatorio de que la belleza siempre tiene un lado mórbido” (pp. 296-298).

El tema de los urinarios se convierte en un asunto que Antón comparte con sus nuevos amigos. Uno de ellos le platica que en efecto, conoce muchos de estos artefactos en su paso por diversos lugares del espacio público, como son los restaurantes, bares, hoteles, paradas de camioneros, estaciones, entre otros. Los recuerdos y la asociación de dicho objeto remiten una y otra vez al mal olor. Así dice uno de los personajes: “[...] recuerdo los baños del parque [...] Allí encontré los olores más transpirados y acres que le he olido a la orina. Un pedo de puercoespín, un olor a cerveza vieja y a muerte destilan las ventanas tapiadas” (pp. 354-356).

En una de las salidas con sus amigos por la ciudad, visitaron una pulquería cuyo mingitorio se encontraba a la vista de todos, cerca de la entrada principal. Ahí, en medio de la plática, un anónimo hizo uso del artefacto. En la voz de la narradora, la experiencia de desagrado y repugnancia no tardaron en aparecer:

De pronto, el olor reconcentrado de la orina, de seguro más intenso por la acidez lechosa del pulque, se alzó como una ola gigantesca que les quitó el aliento. La repugnancia, pero sobre todo el vértigo de descubrir en ese promiscuo mundo de olores una sordidez tumultuosa, la multitud de rumores acechantes sitiando la piel para obligarlo a uno a subir al torreón más alto de sí mismo y escapar de aquello que nos es tan cercana, tan cálidamente, ajeno (pp. 1542-1545).

Como he señalado en otro lado, la repugnancia remite a un impulso a separarnos de algo o alguien, sin embargo es un mecanismo afectivo relacional. Se asocia al contacto y la necesidad de apartarse de aquello que consideramos repulsivo, según nuestros procesos de socialización (Sabido Ramos, 2012). A la repugnancia la envuelve una emoción singular, el asco (Miller, 1998). El ejercicio literario que hace Clavel, a saber, narrar —desde la posición de Antón sin dejar de ser Antonia—, las experiencias desagradables asociadas al olfato y el asco, tiene un excedente significativo, pues transgrede los binarios de género y permite ponerse bajo la piel y los sentidos del otro. Y es que, dicho tránsito arroja gran valor narrativo pues como señala uno de los estudiosos del asco: “No se habla demasiado sobre el aborrecimiento femenino de los olores masculinos, lo cual no resulta sorprendente, puesto que, salvo raras excepciones, han sido los hombres los que han escrito sobre estos temas” (Miller, 1998, p. 110).

Conclusiones

Mi intención en este escrito ha sido mostrar desde una lectura sociológica, cómo se representan los olores y experiencias olfativas desagradables en la ciudad, en la literatura y concretamente en la obra de dos escritoras mexicanas. Desde mi perspectiva, no es la experiencia lo que las novelas retratan, sino las representaciones de ésta en un lenguaje narrativo. En los estudios sociológicos sobre el olor, desde Simmel hasta Synnott, se insiste en la ausencia de un vocabulario o léxico abundante para la descripción de los olores. No obstante, las investigaciones sobre las “sensorialidades indígenas” (Domínguez y Zirión, 2017, pp. 24-26) dan cuenta de la amplia riqueza y variabilidad en el léxico olfativo de ciertos grupos como los seris (O’Meara y Majid, 2017) o los totonacos (Enríquez, 2017). De modo que cuando se niega en general la inexistencia de pluralidades lingüísticas que pueden asociarse al hecho de nombrar o describir los olores, podríamos estar ante un sesgo y prejuicio etnocéntrico (Chaquet, 2016, p. 56). Tal vez, como dice Miller, tampoco

se ha visibilizado la riqueza narrativa de las escritoras en su descripción de los olores, quizá también tengamos que deshacernos de sesgos y prejuicios genéricos, e incluso de binarios rígidos de género.

Nettel me permitió identificar la narrativa asociada a las descripciones de experiencias olfativas desagradables relacionadas con la calle, el transporte público y ciertas personas etiquetadas como personas en 'situación de calle'. Variables como la clase social también se hacen presentes en esta lectura perceptiva. Igualmente, la autora realiza un registro de emociones y diversos estados afectivos asociados al desagrado, pero también a la memoria y la nostalgia. Clavel me proveyó de recursos narrativos para ilustrar cómo es que hacer género (*doing gender*) supone el uso de artefactos y manejos del cuerpo, así como la habilidad para moverse en espacios generizados donde se experimentan diversas sensaciones, incluidas las olfativas. Asimismo, la autora materializa el olor a partir de la relación de éste con ciertos espacios, objetos y aspectos palpables de los cuales se impregnan las partículas químicas que componen el aroma. La fuerza narrativa de ambas enriquecen la sensibilidad sociológica.

Igualmente, en este ejercicio se destaca la reiteración de tres aspectos analíticos recurrentes a seguir trabajando. La indagación por lo que podíamos denominar *smellscapes* del desagrado, siguiendo a Porteous, es decir, olores asociados a lugares, personas y entidades no humanas, que remiten no sólo al olfato sino a los otros sentidos (internos y externos) y las experiencias desagradables. En segundo lugar, la relación entre la materialidad y los olores, es decir, la relevancia de los artefactos y entidades no humanas que van más allá de las relaciones cara a cara y el orden interactivo. Y por último, la relación de la memoria con las emociones. Es decir, cómo la memoria sensorial selecciona ciertos olores y los atribuye a determinadas experiencias afectivas desde una resignificación en el presente. Respecto a éste último punto, la agenda de investigación bien puede entrar en diálogo con otras disciplinas que le permitan profundizar en dicho aspecto.

Referencias bibliográficas

- Becker, H. (2015). *Para hablar de la sociedad la sociología no basta*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bull, M., Gilroy, P., Howes, D. & Kahn, D. (2006). Introducing sensory studies. *The Senses and Society*. 1 (1), pp. 5-7.
- Calvino, I. (1999). *Las ciudades invisibles*. Ciudad de México: Millenium.
- Classen, C. (1997). Engendering Perception: Gender Ideologies and Sensory Hierarchies in Western History. *Body and Society*, 3(1) pp. 1-19
- Classen, C., Howes, D., y Synnott, A. (2003). *Aroma. The cultural history of smell*. London and New York: Routledge.
- Clavel, A. (2006). Ahí se quedan con su futuro. En: *Colección de cuentos. Abriendo Brecha*, Ciudad de México: IEDF.
- Clavel, A. (2011). *Cuerpo náufrago*. Ciudad de México: Alfaguara.
- Clavel, A. (2019). *Breve tratado del corazón*. Ciudad de México: Alfaguara.
- Cowan, A. & Steward, J. (2007). Introduction. En: Cowan, A. y Steward, J. (Eds.). *The City and the Senses. Urban Culture Since 1500* (pp. 1-22) Aldershot, England, UK: Ashgate.
- Domínguez, A. y Ziriión. A. (2017). (Eds). *La dimensión sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en México*. Ciudad de México: Porrúa
- Drobnick, J. (2006). Introduction: Olfactocentrism. En: *The Smell Culture Reader* (pp. 1-9). New York: Berg.
- Enríquez, H. (2014). *Olor, cultura y sociedad. Propuestas para una antropología del olor y de las prácticas olfativas*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Enríquez, H. (2017). Los olores entre los totonacos de Papantla. En: Domínguez, A. y Ziriión. A.

- (Eds). *La dimensión sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en México* (pp. 119-145) Ciudad de México: Porrúa.
- Friedman, A. (2013). *Blind to sameness. sexpectations and the social construction of male and female bodies*. Chicago: Chicago University Press.
- Goffman, E. (1998). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Howes, D. (2014). El creciente campo de los estudios sensoriales. *RELACES* 15, pp.10-26
- Hui Tan, Q. (2018). Atmospheric affinities: olfactory accounts of aero-pollution between smokers and non-smokers in Singapore. En: Low, K. y Fishman, D. (Eds.) *Senses in Cities: Experiences of Urban Settings* (pp. 169-184) New York: Routledge.
- Jaquet, C. (2016). *Filosofía del olfato*. Ciudad de México: Paidós.
- Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.
- Largey, G. & Watson, R. (2006). The Sociology of Odors. En: Drobnick, J. (Ed.). *The Smell Culture Reader* (pp. 29-39). New York: Berg.
- Latour, B. (1998). La tecnología es la sociedad hecha para que dure. En: Domènech, M. y Tirado, F. (Comp.). *Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad* (pp. 109-141). Barcelona: Gedisa.
- Latour, B. (2004). How to Talk About the Body? the Normative Dimension of Science Studies. *Body & Society*, 10, pp. 205–229.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- López, S. (2002). *Historia del aire y otros olores en la Ciudad de México, 1840-1900*. Ciudad de México: Porrúa
- Low K. y Fishman, D. (2018). Sensory urbanities: excursions in the city. En Low K. y D. Fishman (Eds.). *Senses in Cities: Experiences of Urban Settings*. (pp.1-8) New York: Routledge.
- Low, K. (2009). *Scents and scent-sibilities: smell and everyday life experiences*, Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- Low, K. (2013). Olfactive frames of remembering: theorizing self, senses and society. *The Sociological Review*, 61(4), pp. 688-708.
- Low, K. (2015). The sensuous city: Sensory methodologies in urban ethnographic research. *Ethnography*. 16(3), pp. 295-312.
- Mata-Codesal, D. (2018). El olor del cuerpo migrante en la ciudad desodorizada. Simbolismo olfativo en los procesos de clasificación social. *Revista de Antropología Iberoamericana*. 13 (1), pp. 23-43.
- Miller, I. (1998). *Anatomía del asco*. Madrid: Taurus.
- Nettel, G. (2016). *Pétalos y otras historias incómodas*. Barcelona: Anagrama.
- Nettel, G. (2017). *El cuerpo en que nací*. Barcelona: Anagrama.
- Nettel, G. (2018). *El huésped*. Barcelona: Anagrama.
- O'Meara, C. y Majid, A. (2017). El lexico olfativo en la lengua seri. En: Domínguez, A. y Ziri6n. A. (Eds). *La dimensión sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en México* (pp. 101-117). Ciudad de México: Porrúa.
- Porteous, D. (2006) Smellscapes. En: Drobnick, J. *The Smell Culture Reader* (pp. 89-106). New York: Berg.
- Peláez, C. (2016). Un mar de vergüenza y asco. Experiencias laborales de limpiadoras de pescado. En: Ariza, M. *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 149-193). Ciudad de México: IIS, UNAM.
- Rindisbacher, H. (1989). Prefacio. En: *The Smell of Books. A Cultural-Historical Study of Olfactory Perception in Literature* (pp. 1-7). Stanford: Stanford University Press.
- Rindisbacher, H. (2015). What's this Smell? Shifting Worlds of Olfactory Perception, *Kultur Poetik* (15) 1, pp. 70-104.

- Sabido Ramos, O. (2009). El extraño. En: León, E. (Ed.). *Los rostros del otro*. (pp. 25-57) Barcelona: Anthropos.
- Sabido Ramos, O. (2012). *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica*. Madrid: Séquitur.
- Sabido Ramos, O. (2020). La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial. *Estudios Sociológicos*, Vol. XXXVIII (12): Disponible en: [<https://ojsng.colmex.mx/index.php/es/article/view/1763>] [consultado: 27 de diciembre de 2019].
- Sacks, O. (2002). *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Barcelona: Anagrama.
- Sánchez, A. (2017) Sígueme por un túnel: desplazamientos y resignificaciones de género a género en *Cuerpo naufrago* de Ana Clavel. En: Pacheco, A. (Coord.). *Romper la palabra. Violencia y género en la obra de escritoras mexicanas contemporáneas* (pp. 173-193). Ciudad de México: Ediciones Eón.
- Sánchez, G. (2019). Mirar desde el cuerpo. Un perfil de Guadalupe Nettel. *Revista Gatopardo*. Disponible en: [<https://gatopardo.com/revista/guadalupe-nettel/>] [consultado: 25 de mayo de 2019].
- Serna, E. (2019). Sentir la ciudad: el habitus de la ceguera y la debilidad visual en la construcción no visual del espacio urbano de la Ciudad de México. En: Sabido Ramos, O. (Coord.). *Los sentidos del cuerpo: Un giro sensorial en la investigación social y los estudios de género*. (pp. 267-292). Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género, UNAM.
- Simmel, G. (2014). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Synnott, A. (2003). Sociología del olor. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(2), pp. 431-464.
- Tovar, E. (2017). De olores y hedores en la historia de Monterrey. En: Domínguez, A. y Zirión. A. (Eds.). *La dimensión sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en México* (pp. 81-98). Ciudad de México: Porrúa.
- Solander, T. (2010). Signature Scents. *The Senses and Society*, 5 (3), pp. 301-321.
- Vannini, P., Waskul, D. y Gottschalk, S. (2012). *The Senses in Self, Society and Culture. A Sociology of the Senses*, New York: Routledge.
- Verbeek, C. y van Campen, C. (2013). Inhaling Memories. *The Senses and Society*, 8(2), pp. 133-148.
- Waskul, D., Vannini, P. y Wilson, J. (2009). The Aroma of Recollection: Olfaction, Nostalgia, and the Shaping of the Sensuous Self. *The Senses and Society*, 4(1), pp. 5-22.
- Young, I. (1980). Throwing Like a Girl: A Phenomenology of Feminine Body Comportment Motility and Spatiality. *Human Studies* 3, pp. 137-156
- West, C. y Zimmerman, D. (1987). Doing gender. *Gender & Society*, 1, pp. 125-151.